

Concurso Anual Literario UCSF 2023 – Categoría B (Egresados, personal de la UCSF)

Tercer Premio: “El ángel protector” de Álvaro Irigoitia Romero

El ángel protector

Hacía un día hermoso de primavera en la ciudad de Nogoyá y Martín esperaba ansioso que terminará la hora del almuerzo para dormir la siesta y luego poder salir a andar en bicicleta. Tenía todo planeado, pediría permiso a sus padres y se iría hasta la Alameda, a recorrer el lugar y buscar tesoros ocultos.

La hora de la comida finalizó rápidamente y, luego de la sobremesa, antes de que todos se retiraran a sus habitaciones a descansar, le preguntó a su mamá si podía ir a pedalear en horas de la tarde.

Esta le respondió que sí, pero que llevara su casco y tuviera mucho cuidado. Además, le pidió que estuviera antes de que el sol cayera, para bañarse y aprontarse para la hora de la cena.

Dormirse no fue un trabajo sencillo. Su cabeza planeaba permanentemente cómo sería la aventura de la tarde, qué lugar recorrería y cuáles serían los hallazgos que podría encontrar en aquel sitio.

Finalmente, el sueño pudo más y Martín quedó profundamente dormido con una sonrisa cálida dibujada en su rostro de niño.

A las pocas horas despertó, se sentó en su cama, se colocó sus zapatillas y buscó su mochila. Guardó en ésta una pequeña pala y unas bolsas que había separado para proteger todos los tesoros, que estaba seguro encontraría.

Buscó el rodado en el fondo de la casa, revisó el aire de las ruedas, que la cadena estuviese engrasada y probó los frenos. Se colocó la mochila, luego el casco y con un: - chau mamáaa – salió disparado por las puertas entreabiertas del portón.

Pedaleó primero despacio porque aún estaba un poco dormido, luego más fuerte y emocionado. Llegó hasta la vera de la ruta, donde esperó atentamente que el semáforo rutero le permitiera el paso y, al dar el rojo a los automóviles, cruzó caminando con su bici en manos.

Una vez del otro lado, volvió a montar y se dirigió directamente al lugar deseado.

Pasó frente a viejas construcciones en las que sus habitantes tomaban el mate en la puerta bajo la sombra de distintos árboles, sorteó animales de granja sueltos y luego de un buen rato de rodar vio el camino que llevaba hasta la entrada de la Alameda.

Tenía que cruzar un viejo puente militar para poder llegar al otro lado, algo que le dio un poco de miedo, pero aspiró fuerte, miró al frente y cruzó a paso firme sin mirar hacia abajo o a los costados.

Ya del otro lado, sintió que su aventura dominical recién comenzaba. Trazó distintas rutas posibles con la vista y seleccionó la que consideró más divertida. Pasó entre dos hileras de altos árboles que no conocía, mientras escuchaba atento el canto de las aves que habitan cada uno de estos.

Luego de un buen rato de andar y reconocer el terreno, bajó de su bicicleta y comenzó a investigar algunas zonas a pie. Recogió piedras atractivas, algunas conchas de río y encontró una pequeña pieza muy sólida, con forma de triángulo, que identificó como lo que podría ser una punta de flecha de los tiempos en que los pueblos originarios habitaban aquellas tierras. El sol había comenzado su camino de descenso y el atardecer estaría próximo en la siguiente hora. Así que decidió guardar sus encuentros en las pequeñas bolsas que había llevado, dejarlos en su mochila y volver a montar su bicicleta.

Ya en el camino de regreso, un poco más cansado, pero igualmente emocionado que al llegar, recordó sin muchos ánimos que debía volver a pasar por sobre el viejo puente militar para llegar a destino.

Se armó nuevamente de fuerzas y una vez frente a la boca de la estructura de metal comenzó a pedalear con más y más fuerzas. Cuando la bicicleta estuvo sobre los tablones que permitían el paso, miró hacia el otro extremo y se lanzó con todo para poder cruzarlo de un tirón.

En el último tramo, la rueda delantera golpeó un espacio que había entre dos durmientes y le hizo perder el equilibrio. Mientras intentaba mantener la bicicleta en dirección recta y no caer contra el piso, su pie izquierdo erró el pedal y, justo del otro lado del puente, cayó rodando por el camino.

Mientras rodaba y rodaba, hacía el final de una pequeña colina, pudo ver que al pie de ésta yacían un montón de rocas grandes. Antes de que pudiera detenerse dio un golpe fuerte contra las mismas.

Sintió un fuerte dolor en la cabeza y agradeció llevar el casco puesto, pero cuando intentó levantarse y ponerse de pie, se falsearon sus piernas, sintió cómo todo su cuerpo se hacía incontrolable y se desmayó.

Cuando abrió los ojos sintió que unos brazos fuertes lo levantaban gentilmente y lo colocaban en el asiento de una carreta, sobre un mullido cuero de piel de oveja. Apenas tenía fuerzas para identificar a la persona, pero, entre batir y batir de ojos, pudo ver algo de sus facciones y vestimenta.

Escuchó cómo una dulce voz de hombre le decía:

- No te preocupes, estás en buenas manos. Te llevaré a casa.

Y finalmente, el dolor corporal y el cansancio pudieron más, y sus ojos se cerraron para dar paso al sueño.

Cuando despertó, se hallaba nuevamente en casa, bajo las sábanas de su cama. Pudo ver, no con cierta sorpresa, que su madre estaba sentada a sus pies.

Lo miró con alegría y sin ocultar las lágrimas que caían de sus ojos, luego de abrazarlo fuertemente, preguntó:

- ¿Qué te pasó?, ¿cómo llegaste hasta la puerta de casa? -

Sin esperar respuesta, la madre le contó cómo lo habían encontrado en el porche, recostado sobre el banco de madera de la entrada de la casa, y a su bicicleta guardada nuevamente en el fondo, con su mochila y su casco en ella.

Martín relató lo sucedido. El día de aventuras y hallazgos en la Alameda y la caída sufrida al regresar. Que creía recordar que un hombre lo había encontrado tendido al costado del puente militar y que éste debió ser quien lo había dejado en la puerta de su casa.

La madre, consternada, preguntó si recordaba el rostro de esta persona, para ir a agradecerle personalmente.

Martín dijo:

- Apenas lo recuerdo. Era un hombre alto, fuerte, de tez trigueña, llevaba anteojos de ver con marco negro, una mirada muy cálida. Ojos avellana, como los tuyos mamá, y una voz suave y dulce.

Luego de unos segundos en silencio, agregó:

- Tenía una boina de cuero de vaca y una pequeña cicatriz en su barbilla.

Su madre palideció, pero no dijo nada.

Volvió a abrazarlo fuertemente y lo tapó con una manta, porque comenzaba a refrescar. Se levantó y, antes de salir de la habitación, dijo:

- Descansa un poco más. Necesitas recuperar fuerzas.

Cerró la puerta tras de sí y se dirigió directo al galponcito del fondo donde guardaba viejas pertenencias, de cuando era una adolescente.

Sacó tres grandes cajas de cartón rotuladas con distintos nombres y abrió la que llevaba la inscripción de: Fotos.

Buscó tranquilamente, ordenando las fotos fuera de la caja, hasta que finalmente encontró lo que buscaba. Se paró despacio y miró la foto bajo la luz artificial.

Un lágrima rodó por su mejilla.

Era una foto de su padre, de cuando ella y sus hermanos eran niños. Llevaba su vieja boina de cuero de vaca y sus anteojos de armazón negra. Sonreía dulcemente, como siempre, y al sonreír, la cicatriz en su barbilla quedaba claramente a la vista.

Él, el abuelo de Martín, faltaba hacía muchos años. Lo había perdido tiempo antes de que ella se casara y tuviera familia. Martín nunca lo había conocido, así que siempre que le hablaban de él, le decían que era el abuelo Benito...

...su ángel protector.